

EL OCASO DE BIZANCIO

Salvador Felip Represa

Edirne (Adrianópolis), mediados de Enero de 1453

Los golpes sonaban lejanos, opacos, como pasos en la distancia que se iban aproximando, cada vez más nítidos, con una cadencia rítmica, casi adormecedora de no ser por su insistencia. De repente notó un susurro que acompañaba al tamborileo, indefinible inicialmente, luego más alto y claro, aunque tardó aún unos segundos en darse cuenta de su significado.

- ¡Visir!, ¡Señoría! – Amir, su joven asistente alzaba la voz sin llegar a gritar, al tiempo que golpeaba la puerta de roble tallado de su dormitorio con los nudillos.

Chalil Bajá se despertó por fin, removiéndose entre las sábanas de seda roja, tratando de discernir la realidad de los sueños. A sus cincuenta y seis años las preocupaciones y responsabilidades avejentaban su rostro, marcando las arrugas de su frente y encaneciendo su barba y el escaso pelo que brotaba, disperso, por la cabeza.

Entreabrió los ojos tratando de captar la luz del día, pero la oscuridad envolvía la estancia, ligeramente atenuada por el pálido reflejo de la luna. Se incorporó en la cama con un quejido, producido más por el peso de los años que por los frecuentes dolores reumáticos, y tanteó el suelo con los pies en busca de sus babuchas. Un escalofrío recorrió sus piernas cuando el intenso frío del mármol mordió las yemas de sus dedos. Atinó al segundo intento con el calzado y se levantó pesadamente del lecho dirigiéndose con paso inseguro a la entrada, molesto por la continuidad de los llamamientos de Amir. Cuando abrió la puerta la luz del candil que portaba su criado laceró sus ojos por un momento, haciéndole girar la cabeza.

- ¿Qué es lo que ocurre? – preguntó con voz insegura

- Perdonad mi intromisión señoría – se disculpó Amir – pero el sultán quiere veros inmediatamente, os espera en el salón dorado en este momento.

- ¿El sultán? – repitió Chalil, extrañado – ayúdame a vestirme.

Mientras Amir entraba a iluminar la sala y elegía un caftán blanco con arabescos bordados en azul de entre los ropajes del visir, Chalil comenzó a preocuparse. Una llamada tan urgente, en medio de la noche, no resultaba habitual. Aprovechó el agua fría de una jofaina para lavarse la cara, tratando de eliminar los últimos retazos de sueño, necesitaba pensar con claridad. No encontraba nada en las recientes conversaciones de estos días que le proporcionaran una idea concreta sobre la necesidad de esa entrevista. La rebelión del emir karamaniano Ibrahim Bey, que levantó con él los emiratos recién sometidos de Aydin y Germiyán, había sido sofocada cerca de un año antes, del mismo modo que la agitación de los regimientos de jenízaros por la soldada que recibían fue apaciguada poco después. Poco a poco

se abría paso en su mente la idea de una expulsión de su puesto. De sobra conocía la animadversión que le profesaban algunos de los más influyentes consejeros del sultán, como el jefe de los eunucos Shehab ed-Din. Trató de calmarse mientras se ajustaba el turbante con ayuda de su asistente, mientras acudían a su cabeza tenebrosos pensamientos, el sultán no concedía jubilaciones, tan sólo la definitiva, la muerte, mal contagioso entre aquellos de los que prescindía. Una gota de sudor frío le recorrió la espalda mientras el corazón se le aceleraba como un potro que inicia una carrera.

- Rellena una bandejita de plata con monedas de oro, Amir.

El joven criado se detuvo un momento mientras ajustaba la ropa del primer visir, antes de obedecer la petición rápidamente. Amontonó un buen número de ducados venecianos sobre una pequeña bandeja de plata finamente grabada y la alargó al anciano entregándola con ambas manos.

Chalil recogió la bandeja y en silencio salió de la estancia encaminándose al encuentro con Mahomet II, sultán del imperio otomano.

Mientras recorría los corredores del palacio de Adrianópolis donde se alojaba la corte, el primer visir recordaba los tiempos en que se encontraba al servicio de Murad, padre del actual sultán. Recordaba como fue él quién le rogó que volviera de su retiro voluntario cuando su hijo, aún un chiquillo de doce años, no pudo resolver los intensos problemas de gobierno, ni enfrentarse con la cruzada que amenazó el imperio nueve años antes. Murad regresó al trono para derrotar a los cruzados en la batalla de Varna, manteniéndose de nuevo en el poder hasta su muerte, dos años atrás. A pesar de los consejos de Chalil mantuvo su confianza en su hijo mayor, ordenando acelerar su instrucción para el puesto que tenía reservado. En su calidad de primer visir, con el orgullo de cumplir con un cargo que reposaba en su familia desde tres generaciones, Chalil se afirmaba en haber actuado correctamente al informar a Murad que no podía mantener su abdicación y que su regreso se antojaba imprescindible, sin embargo, cuando alcanzó las puertas del salón dorado y los dos jenízaros de guardia le franquearon el paso con miradas hoscas, se preguntó si no pagaría esa noche su anterior decisión de gobierno.

Chalil entró en la estancia, fuertemente iluminada con lámparas de aceite, cuyas llamas se reflejaban en los ricos tapices dorados que recubrían las paredes de piedra. El suelo estaba compuesto por millares de diminutas teselas, formando un amplio mosaico de colores oscuros, en el cual unos cazadores a caballo perseguían unos ciervos en una escena de caza.

El sultán se encontraba en uno de los lados de la sala, rodeado de almohadones de vivos colores y bordados plateados simulando formas vegetales, sentado sobre ellos con las piernas cruzadas y ligeramente encorvado sobre un libro. Vestido con un sencillo caftán de seda de tonos oscuros y un turbante blanco, se alejaba de los espléndidos atuendos con los que recibía a la corte. En la intimidad de sus estancias Mahomet vestía de forma austera, llegando incluso a disfrazarse de soldado para realizar inspecciones sorpresa. Su rostro permanecía fijo en la escritura mientras Chalil cruzaba lentamente la distancia que lo separaba desde la puerta, sudando profusamente y con el corazón acelerado. Tan pronto el primer visir alcanzó a situarse frente a él le alargó la bandeja con las monedas de oro con ambas manos, al tiempo que efectuaba una profunda reverencia. Los ducados tintineaban en su bello soporte, fruto del temblor de manos que atenazaba a su dueño.

- Alteza, con mis respetos.

- ¿Qué es esto? – Preguntó Mahomet levantando la vista por primera vez. Ladeó ligeramente la cabeza, mostrando sus inquisitivos ojos negros. Los mismos que dejaban entrever una gran inteligencia, un constante ir y venir de ideas que parecían atestar su pensamiento y que, sin embargo, no permitían deducir sus emociones. Su nariz aquilina reforzaba los rasgos de su cara, y añadía madurez a sus jóvenes facciones. Las dudas que generaban su primer periodo de gobierno y su inexperiencia anterior se habían disipado como la neblina de la mañana en cuanto aplastó la rebelión del emir de Karmania.

- Es una costumbre entre los ministros de su alteza que cuando uno de ellos sea llamado repentinamente a su presencia lleve un regalo.

Mahomet observó la bandeja sin alterar su expresión, dejó a un lado el libro, la vida de Alejandro Magno contada por Arriano, y realizó un gesto de desaprobación con la mano.

- No acostumbro a recibir tales regalos. Sólo hay una cosa que desee, si quieres complacerme, ofréceme Constantinopla.

Chalil quedó petrificado al escuchar esas palabras. Firme partidario de la paz con los bizantinos, debido a los beneficios comerciales que podía reportar y al poder político que aún le quedaba al emperador Constantino XI, pensaba que había ganado algún tiempo con la firma de una tregua que el sultán había aprobado poco antes, aunque al parecer su influencia no era tan grande como los demás pensaban.

- Siéntate – ordenó el sultán con voz suave – te contaré lo que he estado meditando.

Chalil se acomodó lo mejor que pudo en un bajo cojín colocado al efecto frente a su señor tratando de pensar las palabras adecuadas para esa situación.

- Alteza – comenzó finalmente, tras tomar aliento – una campaña contra la ciudad llevaría a un costoso asedio, el emperador aún cuenta con notorias bazas políticas y, en caso de fracasar...

- No fracasaremos – interrumpió Mahomet – no habrá nunca mejor momento que este, los bizantinos se encuentran divididos por causas religiosas, sus aliados italianos no son fiables dado que sus intereses comerciales les atenazan, por primera vez en años, húngaros, albaneses y serbios no suponen una amenaza, la rebelión de los emires ha sido sofocada. La oportunidad está ahí, a nuestro alcance. Si esperamos más tiempo Constantino puede encontrar nuevos aliados, o incluso poner la ciudad en manos de Venecia, con lo cual sería imposible tomarla. Además mi trono no estará seguro hasta que el último pretendiente sea eliminado.

Chalil asentía con la cabeza cada frase del sultán, mientras meditaba cuidadosamente. En Constantinopla residía el último aspirante vivo al trono otomano, Orchán, primo de Mahomet, con una pequeña corte de turcos exiliados. En el verano de 1451 se acordó una tregua en la que el propio sultán juró sobre el Corán respetar la integridad del territorio bizantino y una suma anual de tres mil *akçes*¹ de plata para el mantenimiento del príncipe Orchán mientras durara su estancia en Constantinopla. Aunque la paz que tanto esfuerzo había costado levantar pendía de un hilo. En los difíciles días en que los emires de Anatolia se rebelaron contra el joven Mahomet, los bizantinos quisieron tensar la cuerda, una embajada solicitó los pagos prometidos en el acuerdo para el mantenimiento de Orchán, que se habían retrasado, al mismo tiempo que insinuaban que Bizancio podía jugar la baza política del nuevo candidato.

Recordaba su acceso de cólera ante los delegados bizantinos, cuyo gesto ponía en peligro la paz y su propia posición. Conocía demasiado bien a su señor para intuir que tamaña insolencia resultaría una humillación imperdonable.

- Si estás de acuerdo con mi decisión quiero que envíes orden al gobernador Dayi Karadya Bey para que reúna su ejército y ataque las poblaciones bizantinas de la costa de Tracia y las ciudades de la costa del mar Negro. Eso evitará que puedan enviar refuerzos a la ciudad. Reúne inmediatamente el *divan*² para votar la decisión.

Aunque el sultán acataría la decisión del *divan* o consejo de ministros, Chalil no tenía dudas de cual sería el resultado de la votación. Desde el primer momento, los allegados al sultán, con Shehab ed-Din a la cabeza, eran firmes partidarios de la guerra, la decisión estaba tomada, tan sólo debía dilucidar si se adhería a la causa del sultán o trataba de mantenerse en solitario a favor de la paz, con el consiguiente riesgo para su vida.

¹ Akçe: Moneda de plata turca, equivalente a la décima parte de un ducado.

² Divan: Consejo de los principales asesores del sultán

- Soy vuestro más leal servidor – expresó finalmente – que Alá nos conceda la victoria.

Mahomet sonrió ligeramente mirando las monedas que el anciano visir aún mantenía entre sus temblorosas manos. Estaba convencido de que Constantinopla no se la iban a ofrecer en bandeja de plata.